

ÁLAVA EN WATERLOO

ILDEFONSO ARENAS

ÁLAVA
EN WATERLOO



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: noviembre de 2012

© Ildefonso Arenas, 2012

© Edhasa, 2012

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6260-2

Impreso y encuadernado por Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 28.414-2012

Impreso en España

Para Elena, sin quien esta obra no existiría

Mi más profundo agradecimiento a Carmen Balcells,
Diotima de Mantinea, Jorge Manzanilla
y Santiago Foncillas. Sólo gracias a su ayuda
pude sacar este libro adelante

*Al hombre se le ha dado la palabra para que pueda
encubrir su pensamiento.*

TALLEYRAND

El autor prefiere, para los nombres propios, ajustarse en general a la norma, costumbre del cuerpo diplomático, de respetarlos tal y como aparecen en su lengua original. Además, el autor ha optado por dejar en el texto algún galicismo típico de una época y no «castellanizar» expresiones adoptadas por la inmensa mayoría de las culturas, muy consolidadas que se encontraron tanto en el campo de batalla de Waterloo como en el congreso de Viena.

En cuanto a la biografía de los personajes principales (a partir del año 1816), al texto de las notas y a las referencias bibliográficas, las encontrará el lector en las páginas 1131-1177, 1179-1203 y 1205-1211, respectivamente.

Índice

Andante	11
Allegro con grazia	217
Allegro, molto vivace	517
Adagio lamentoso	909
Coda	1129
Notas	1179
Bibliografía	1205

Andante

Madrid, viernes 18 de noviembre de 1814

Al rey le impacientaba leer. Prefería que lo hiciese alguien por él. En eso no era distinto de su primo Luis XVIII, como bien sabía el duque de Ciudad Rodrigo, que así firmaba Sir Arthur Wellesley, Duke of Wellington, sus cartas a Don Fernando. Las escribía en su excelente francés, cuidando que su letra, de suyo nada clara, para el rey español sí lo fuese. Merecía la pena esforzarse si con eso conseguía que leyera por sí mismo y no a través de sus abúlicos secretarios, sólo superados en desidia por sus indolentes ministros, o eso pensaba su hermano Henry, que les conocía bien por ser el embajador de Inglaterra en la depauperada España de la Restauración.

—¿Por qué tendrá este sinvergüenza tanto interés en el tío ése?

Pedro Cevallos, primer secretario de Estado y del Despacho,¹ ya se había pensado las palabras.

—Según creo, le sirvió bien mientras fue su enlace con la Junta de Extremadura, la de Andalucía y la Central. Álava entendía de modo natural a la guerrilla y a nuestros mandos, lo que para los ingleses, que rara vez hablan otra cosa que su idioma, resultaba muy difícil. Wellington le debe alguna parte de su gloria, y a lo que se ve no es un hombre desagradecido ni que olvide a sus amigos.

Tono neutro, cuidadosamente desapasionado. El de un diplomático de 51 años con muchos de servir a la Casa de Borbón. Cevallos había ocupado el mismo puesto en los últimos ocho del reinado de Carlos IV, así como los treinta días que duró el primero de Don Fernando. José I quiso atraerle a su causa, necesitado como estaba de políticos españoles que, además de hablar francés, fueran competentes y honestos —especie que, según su hermano Napoleón, era dudoso que alguna vez hubiera existido—, pero él prefirió pasar a la oposición. Una lealtad que SCM² recompensó tres días antes eligiéndole para el

mismo cargo. Tres días en que apenas había dormido, en su empeño de aligerar la masa de problemas dejados en herencia por su antecesor, el duque de San Carlos, al cual tenía por irresponsable, vago e incapaz. Unos dones incompatibles con ser secretario de Estado, pero Don Fernando le apreciaba, quizá por la compañía que le hizo durante su encierro en Valençay. De ahí que la primera medida de SCM tras su golpe del 4 de mayo fuera poner al frente del Consejo Real a Don José Miguel Carvajal y Manrique, duque de San Carlos, el cual se pasó los seis meses siguientes sin hacer nada, y así habría seguido si la intervención de Sir Henry no hubiera hecho caer de los reales ojos la venda que los cubría. Gracias a eso Cevallos se veía como se veía, recusitando docenas de asuntos podridos. El del mariscal de campo Álava sería uno de tantos de no haberle pedido Sir Henry, en nombre de su hermano, que le diera prioridad. Así lo hizo, empezando por documentarse sobre la vida y los logros del interesante militar para después calcular la forma de resolver el entuerto a satisfacción de todo el mundo, dentro de lo difícil que resultaba satisfacer a todo el mundo, al menos para un primer secretario de Estado de SCM Don Fernando VII de Borbón, Rey de España.

—¿Y los otros? ¿Qué tienen que ver con él?

Señalaba dos cartas, una del rey de Holanda y otra del inquisidor general. Yacían en el escritorio donde se sentaba las menos veces posibles durante los menos minutos posibles. Su estilo de reinar pasaba por aristotélico: solía pasear a lo largo y a lo ancho del grandioso aposento, hasta que se le quedaba pequeño, momento en el cual dirigía sus pisadas al resto del palacio, en aquellos días atestado de pintores, carpinteros, escayolistas y tapiceros, afanosos en recuperar el esplendor que tuvo en vida de Carlos III. Así, al tiempo de transitar por las inmensas estancias, no sólo discutía con su ministro los aburridos asuntos del Estado, sino que veía qué tal marchaban los carísimos trabajos.

—El rey Willem no le conoce. Su hijo, el príncipe de Oranje-Nassau, habrá inspirado la carta. Él y Álava fueron *aides-de-camp*³ de Ciudad Rodrigo. Era un chico muy joven, un tanto desamparado y no demasiado listo. Álava le hizo aprender el oficio castrense. Falta le hacía, porque ya sabe Vuestra Majestad cómo es el sistema inglés: los puestos, hasta el grado de teniente coronel, se compran al coro-

nel del regimiento. De ahí que los coroneles de los más distinguidos jamás abandonen el cargo, aunque ya sean mariscales, que así llaman allí a los capitanes generales. De ahí, también, que Su Alteza llegase de capitán y regresase de coronel, aunque sin saber distinguir un trabuco de un arcabuz.

El rey sonrió con generosidad a la sutil muestra de desprecio. No solía gastar demasiada, pero a Cevallos aún no le trataba con la rudeza que reservaba para sus secretarios y gentilhombres.

—En cuanto al inquisidor general, el arzobispo Francisco de Mier y Campillo, sólo sucede que Álava es sobrino de Don Raimundo Ethenard, miembro del consejo inquisitorial —el rey volvió a sonreír, aunque con desdén, pues sabía del inquisidor Ethenard: un sinvergüenza de los que más se habían postrado ante Pepe Botella, del cual tuvo el alborozo de oír que «la religión es la base de la moralidad y la prosperidad, y que si bien había países donde se admitía diversidad de cultos, España podía considerarse afortunada, ya que allí sólo se honraba al legítimo y verdadero»; qué repugnante manera de darse coba, uno para garantizarse la magnífica vida que ya se daba con Carlos IV y el otro para poner de su parte a la más acomodaticia de las instituciones—. Álava es caballero de pocas misas, aunque ha debido movilizar a su parentela y a sus amistades, y a las de su mujer, para que le saquen del apuro.

—¿Está casado? Tenía entendido que no valía.

—Pues no se sabe, Majestad. En Dueñas recibió un tiro en muy mal sitio, malo de verdad —el ministro señalaba con discreción sus partes pudendas, lo que provocó un gesto de dentera real—, tanto que necesitó meses de cuidados para volver con Wellington. Luego, al año, se casó con una prima, Doña Loreto de Arriola y Esquivel. La boda no pasó desapercibida, pues para que se unan dos primos hace falta dispensa eclesiástica, trámite que lleva meses, pero ellos la recibieron en días, lo que sólo sucede cuando el obispo sabe que será una boda blanca. Eso además, también podría ser que allá en Vitoria, de donde son los dos, a él se le venera, porque sin su intervención los ingleses habrían hecho allí lo que hicieron en Ciudad Rodrigo y en Badajoz, y luego harían en San Sebastián. La ciudad se salvó gracias a él, y quizá se debiese a eso lo agilísimo de los trámites canónicos.

—Los ingleses, ¿siempre se comportaron así?

—Sólo aquí, Majestad. En Portugal fueron por demás correctos, y en Francia Wellington hasta mandó ahorcar unos cuantos, incluyendo algún pillastre de la división de Paco Longa, para ejemplo y advertencia de lo que podría suceder a quien se comportase allí como era usual en España.

—¿Alguien le ha pedido explicaciones alguna vez?

—A él, que yo sepa, no, aunque tuve ocasión de preguntar a Whittingham⁴ a qué se debió aquella diferencia en la permisividad del mando inglés con las tropas a sus órdenes.

—¿Y qué te dijo?

El rey trataba de tú a todo el mundo. A él, ni su muy aborrecida madre. La tradición venía de su abuelo Carlos III, quien, habiendo sido italiano hasta los cuarenta y tres, nunca llegó a dominar el castellano; como se armaba enormes líos con los tratamientos terminó por dictar tabla rasa y no salirse del tuteo. Lo bueno de ser rey, alguna vez lo comentó el propio Don Fernando al príncipe de Bénevent, su primer anfitrión en Valençay, era que si alguna vez metes la pata con una palabra en el acto se transforma en nueva moda real y se incorpora de por siempre a los usos de la corte. A eso se debía, explicó para que Talleyrand riera no poco al saberlo, que la Marina Real llamase *respetos* a los *repuestos*.

—Que de las tropas a las órdenes del duque, las que más se afanaban en saquear, incendiar y violar eran las españolas, en especial las de Longa. Se debió a eso que Wellington las hiciera regresar del sur de Francia. Prefirió quedarse sin veinte mil de los españoles a su mando, todos salvo la I División, la de Morillo, y las dos de Freire-Andrade, las de Marcilla y Espeleta. Cualquier cosa menos consentir en Francia lo que de tan mala gana les permitió en España.

—¿Y tú te lo creíste?

—Pues no, Majestad. Tengo informes muy precisos de lo que pasó en San Sebastián. Hoy no podríamos encontrar un guipuzcoano que hable bien de los ingleses, y pudiera ser que tampoco de nosotros. Todos piensan que Wellington actuaba por cuenta de la Corona, cuando en realidad lo hacía por la suya propia. En cuanto a las tropas españolas, no llegaron a entrar en la ciudad. Él las mantuvo alejadas, entreteniéndolas en una escaramuza menor llamada de San Marcial.

El rey quedó en silencio, reflexionando sobre los horrores mercedamente padecidos por aquella ciudad tan hermosa, si bien no tan leal como él querría que fueran las ciudades españolas.

—¿Qué más sabes de Álava? ¿Es de los nuestros, al menos? Mejor: ¿debería serlo?

—Pienso que sí, Majestad. Tanto él como su esposa son hijos de las mejores familias de Vitoria. De no excesivo dinero, aunque suficiente para dar a sus hijos una buena educación. La de Álava comenzó en el Real Seminario de Bergara, donde llegó a los nueve años. En 1785, ya con trece, ingresó en el Regimiento de Infantería de Sevilla, que a la sazón mandaba su tío José; gracias a eso no se vio en la obligación de abandonar las aulas, pudiendo permanecer en dos lugares a la vez, una propiedad sólo al alcance de las grandes familias. Lo hizo junto a su hermano Claudio, un año menor. Hasta 1790 cursó estudios de matemáticas, filosofía, geometría, cartografía, trigonometría, lengua, inglés y francés. Su carrera militar proseguía en paralelo, de modo que al tiempo de terminar en Bergara se graduó de Subteniente. Tras eso él y su hermano eligieron destino en la Marina, siguiendo los pasos de sus tíos, Don Luis y Don Ignacio de Álava y Sáenz de Navarrete. Pasaron un año, ya guardiamarinas, estudiando navegación, artillería, maniobra y fortificación, para después embarcar. Álava se lució en varias acciones contra La Convención. Su bautismo de fuego tuvo lugar en 1791, durante la defensa de Ceuta. Después ascendió al empleo de Alférez de Navío, para embarcar en la fragata *Casilda*. Con ella participó en el bloqueo del Rosellón, la toma de Tolón y la campaña de Italia, de 1793 a 1794. Ese año ascendió a Teniente de Fragata. Después se incorporó a la expedición de su tío Ignacio a Filipinas. Lo hizo en calidad de Ayudante Mayor a bordo del navío insignia, el *Europa*. Se hicieron a la mar a finales de 1795. Meses después fondeaban en Concepción del Nuevo Extremo, cuyo intendente general era otro tío suyo, Don Luis. De allí siguieron hacia El Callao y luego atravesaron el Pacífico. En Filipinas se supieron en guerra con Inglaterra. En abril de 1797 se perdió la fragata *Lucía*. Desapareció toda la tripulación, incluyendo a Claudio de Álava, el hermano más joven.

El rey rara vez resistía tan largos parlamentos, pero aquella vida novelesca parecía interesarle.

—En enero del 99 la *Pilar*, donde navegaba el alférez Álava, fue hundida por una fragata inglesa, y su tripulación apresada. Meses después Álava fue devuelto a España en un barco americano. Al llegar se le dijo que su padre había fallecido, por lo cual pidió licencia temporal, por haberse convertido en cabeza de familia y tutor de sus hermanas. Se reintegró al servicio en julio de 1802, como segundo comandante del *Príncipe de Asturias*. Su primera misión fue recoger, en Nápoles, a la esposa de Vuestra Majestad, Doña María Antonia —el rey elevó la cabeza con alguna brusquedad; esa parte del relato le tocaba de lleno; le hacía recordar su inquietud de niño de diecisiete años casado por poderes contra una prima de la que nada sabía, salvo que tenía su misma edad—, y a vuestro hermano político, Don Francisco, recién desposados con Vuestra Majestad y con Su Alteza Real la Infanta Isabel.

Cevallos quedó en silencio, al observar que la mente de Don Fernando se marchaba lejos. Sabía que los primeros años en común de la real pareja fueron desdichados. El rey era un niño apocado y tímido; su prima, toda una mujer, le imponía tanto que una y otra vez demoraba la penosa consumación. Sólo al cabo de dos años encontró motivación suficiente para izar su pabellón, aunque para encontrar que la esposa en ciernes, horrorizada, en modo alguno se veía capaz de cobijar el mastodóntico ariete borbónico. La frustrada ceremonia fue durante meses la comidilla de las cortes europeas, con resultados desiguales en cuanto a calificación, pues si bien algunos envidiaban el prodigioso don del príncipe y otras la suerte de la princesa, más de uno murmuraba que la combinación de tanta desmesura con el inusitado desinterés de Su Alteza quizá delatase otro más de los innumerables episodios de imbecilidad que la realeza española disfrutaba desde los tiempos de Leovigildo. Así, cuando el 15 de septiembre de 1803 la Princesa de Asturias pasó a serlo de pleno derecho, un suspiro de alivio recorrió el Palacio Real. Sus relaciones mejoraron, por haber dejado de considerar *aquello* como un asunto enojoso. Sin embargo, su juvenil alegría no duró demasiado. La princesa sufrió dos abortos, en 1804 y 1805, para fallecer el 21 de mayo de 1806, oficialmente de tisis aunque su madre y el Príncipe siempre sospecharon que de arsénico. Cevallos era por entonces secretario de Estado de Carlos IV, aunque realmente lo

era de Godoy, el valido real. Tenía trato con el Príncipe de Asturias, de modo que le fue fácil valorar la sinceridad de su pesar. No creía que hubiera querido a su mujer, porque Don Fernando era metafísicamente incapaz de amar a nadie, pero sí que sintió su muerte; cuando menos, había terminado por ser para él una divertida compañera de juegos.

–Sigue.

–El 21 de octubre de 1805, siendo Capitán de Corbeta en el *Príncipe de Asturias*, participó en Trafalgar. Luchó bien, al punto que gracias a él su barco fue de los pocos no hundidos o apresados, pese a sufrir 160 bajas. En recompensa por sus acciones, el 9 de noviembre fue ascendido a Capitán de Fragata. Dejó el *Príncipe de Asturias* en mayo de 1806, para regresar a Vitoria. Un año después pidió la baja por razones de salud. En enero de 1808, y sin pretenderlo, fue nombrado Diputado del Común⁵ en el Ayuntamiento de Vitoria, y al poco resultó elegido para representar a la corporación en las juntas provinciales. Allí se le pidió que tratara ciertos asuntos económicos con el mariscal Moncey, que mandaba un *corps d'armée* francés acuartelado en la ciudad. Tras eso, ya entrado mayo, se le comisionó para exponer a Murat la pésima situación financiera de la provincia, tan grave que le impedía costear la estancia de las tropas francesas; debió hacerlo bien, porque le arrancó 300.000 reales. Aún se hallaba en Madrid cuando se le ordenó representar a la Marina Real en la firma de las capitulaciones de Napoleón. El Pelele⁶ –Cevallos ponía cuidado en no decir *el rey José*; a los efectos de SCM José I nunca existió, pese a ser de los primeros en reconocerle como rey legítimo– quiso convencerle de que se pusiese a su servicio, necesitado como estaba de oficiales que hablaran francés, aunque se supo resistir. Semanas después, el general Merlin forzó al diputado general a proclamar la Constitución de Bayona, con lo cual hizo de Vitoria la primera ciudad donde La Usurpación –Cevallos sabía vocalizar con un énfasis especial, como en mayúsculas– se hacía oficial. Si alguna duda quedaba en el ánimo de Álava, ese atropello la terminó de resolver. Así, tras testar a favor de su hermano José Ignacio y de sus hermanas Rosario, Antonia y Escolástica, y de aplazar la boda con su prima Loreto, marchó a Madrid. Castaños, que venía de aplastar en Bailén a un *corps d'armée*, le re-

cibió con los brazos abiertos. Por cierto, habla muy bien de él –Don Fernando se sorprendió; Castaños era de sus generales más reaccionarios, y a éstos no les gustaban los liberales ilustrados sospechosos de masones; Cevallos dudaba si seguir adelante con su disimulada *laudatio* del denostado liberal ilustrado, tan sospechoso de masón como él mismo, pero al ver que SCM recomponía el gesto y devolvía su faz a la expresión habitual, mezcla de indiferencia, desconfianza y asco, siguió adelante–. Le ordenó incorporarse al Regimiento de Órdenes Militares, con el grado de teniente coronel. La primera de las acciones en que participó fue la de Tudela, tras la cual se ocupó de cubrir el repliegue a Calatayud. Al poco, ya 1809, fue ascendido a coronel y destinado a Extremadura.

El rey se habría preguntado si Cevallos estaría inventándose la historia de no haber comprobado infinidad de veces que su leal servidor padecía una memoria excepcional, del tipo que un político no se puede permitir, so pena de pasarse la vida sumido en un pozo de amargura.

–En enero de 1810 se incorporó al ejército de Sir Arthur Wellesley como adjunto de O’Lawlor,⁷ un coronel de origen irlandés que llevaba quince años en los Reales Ejércitos; su castellano era bueno, aunque no conseguía entenderse con los que no hablaran de una forma exquisita, y los guerrilleros no destacaban en eso. Wellington le apreciaba, pero una vez comprobó que cuando Álava trataba con la guerrilla todo se resolvía con sencillez, prescindió del otro, aunque sin devolverlo. Cada día que pasaba depositaba más y más confianza en Álava, tanta que terminó por encargarle la coordinación con los Reales Ejércitos. Dado que su gente sólo hablaba inglés, y de sus interlocutores sólo unos pocos chapurreaban un mal francés, sus relaciones con todos ellos eran tan penosas como plagadas de malentendidos, pero con Álava todo mejoró, por lo cual echó el resto en conseguir que se le nombrara, en junio de 1810, representante oficial de la Junta de Extremadura.

El rey compuso un gesto de comprensión. Era un decidido campeón en la causa de los idiomas. Pese a lo que sus detractores sostenían era hombre de cultura; su dominio del francés era tan notable que le había permitido traducir de los clásicos a una escala que cabría calificar de brillante, lo cual le sirvió para sobrellevar

el aburrimiento de cinco interminables años en el dorado encierro de Valençay; leía inglés de corrido, entendía el italiano y también el portugués; gran oyente –que no lector; en sus años de Valençay leyó todo lo que un rey puede leer en una vida, comenzando por la enciclopedia de D’Alembert, la cual devoró de la cruz a la fecha; era razonable, pues, que no quisiese leer más–, a menudo sorprendía grandemente a sus secretarios demostrando conocimientos impensables en un rey español, y para completar la panoplia de sus dones era un músico notable, tanto por su sentido del oído como por su habilidad como instrumentista, sobre todo con la guitarra de seis cuerdas, que hacía sonar en las tabernas y tugurios que tanto le gustaba frecuentar con la calidad de un artista consumado, no de un aburrido y antipático monarca. Don Fernando, en suma, era para conocerle.

–La primera batalla en que participó fue la de Busaco, en septiembre de 1810. Su comportamiento fue tan notable que, a petición de Wellington, fue ascendido a Brigadier. Tras eso le ordenó planear la toma de Ciudad Rodrigo, que capituló el 19 de enero de 1812. La Junta Central, satisfecha por lo bien que al fin se coordinaban las tropas británicas con los ejércitos españoles, le ascendió a mariscal de campo el 31 de enero de 1812. Wellington ya marchaba sobre Madrid, con cautela, porque las tropas enemigas sumaban doscientos cincuenta mil hombres mientras que las suyas no llegaban a sesenta mil. Así llegaron a Salamanca, siguiendo a las columnas francesas tan de cerca que las divisaban a simple vista. Marmont, el mismo que acabó vendiendo a Bonaparte, cometió un error el 22 de julio. Wellington, en media hora, le hizo quince mil bajas. El francés se retiró hacia Burgos con las fuerzas que le quedaban y el inglés siguió hacia Madrid. El 11 de agosto sus vanguardias portuguesas llegaron a Majadahonda, mientras sus mercenarios alemanes cercaban el Buen Retiro, donde se hacía fuerte la guarnición francesa. Wellington, que ya era Grande de España y duque de Ciudad Rodrigo, se dio un baño de gloria: tras capturar tres mil franceses y ciento setenta piezas de artillería, entró en Madrid al frente de la caballería británica. La multitud enloquecía de alegría, por pensar que aquella era la liberación definitiva. Llegaron así, Wellington y sus jinetes, a la Puerta de Bilbao, o de los Pozos de la Nieve que también se le

dice, y siguieron hacia la Puerta del Sol por Fuencarral, la Red de San Luis y la calle de la Montera. En Sol se juntó con cuatro jefes guerrilleros, El Empecinado, el Chaleco, el Médico y el Abuelo. Ahí sobrevino el delirio. Luego siguieron por Mayor hasta el Ayuntamiento, donde los ediles que no habían huído, encabezados por Sainz de Baranda, se unieron al cortejo para marchar todos juntos a la Puerta de San Vicente, donde les esperaba el mariscal Álava con las divisiones españolas. Tras eso ya no hubo nada, pues a Wellington sólo le importaba que las tropas se acuartelaran enseguida, no se fueran a desmandar en una ciudad que les recibía tan bien.

–He oído no sé dónde que Wellington tenía por entonces un asunto con una dama de buen ver.

–Así fue, Majestad. La señora de Quintana, si la memoria no me falla. Wellington encontraba un gran consuelo en su conversación. De lo que no se sabe mucho es de qué hablaban, porque lo hacían en soledad. Sé que conoció a Wellington en Badajoz y que se les vio juntos en Madrid. Parece que brilló especialmente la noche del 31 de agosto, cuando Wellington ofreció un baile de despedida porque al día siguiente marchaba con el grueso de su ejército. Tras eso no volví a saber de nada donde participaran esa dama y su exquisita conversación. Es notorio, Majestad, que al duque de Ciudad Rodrigo le apasiona dialogar con señoras de magnífica educación y notable atractivo, sobre todo si sus maridos no están presentes. Debe ser cierto que tal cosa le ayuda grandemente a soportar sus abrumadoras obligaciones –SCM sonrió torcidamente; también él apreciaba la conversación femenina, pero no era tan exigente como Wellington; Su Gracia sólo hablaba francés además de su inglés natal, y para dar en España con una señora de conversación interesante y que supiera sostenerla en la primera de aquellas lenguas había que buscar en lo mejorcito de la sociedad; a él, en cambio, que las damas dominasen o no esa clase de perfecto francés le daba igual; sólo le importaba que fueran duchas en la otra–. Días después Álava proclamó la Constitución en la Puerta del Sol, por orden de la Junta y explicando que lo hacía en el mejor servicio de Vuestra Majestad. También decretó amnistía para los soldados españoles a las órdenes del Títere, si entregaban sus armas. A unos cuantos no les gustó que lo hiciera, porque no le reconocían más autoridad que la de un oficial a

las órdenes de un general extranjero. Sostenían que se había extralimitado, pues de ningún modo la Junta le habría podido investir del poder necesario para comportarse como un caudillo.

—¿Y no fue así?

—Creo que no, Majestad. En lo que conozco de Álava, es un militar disciplinado, muy poco dado a ir más lejos de donde se le ordene. Siempre se ha manifestado leal a la Corona, y que yo sepa jamás ha formulado críticas contra Vuestra Majestad. Contra vuestros secretarios puede que sí, pero nosotros estamos para eso, para recibir en nuestras espaldas los vituperios que se alcen desde la nobleza, la magistratura, la soldadesca y el populacho. La Corona siempre ha de permanecer por encima de cualquier crítica, y en el caso de Álava no me consta que se haya permitido formular alguna.

—Pues son muchos los que me lo ponen a caer de un burro.

—¿Yerraría en demasía, Majestad, si pensara que son los mismos que hablan mal de Lacy, de Palafox, de Morillo, de Milans del Bosch y hasta de Whittingham?

SCM se lo quedó pensando. Los generales victoriosos no estaban bien vistos en su entorno. Con los otros no había problema, pues la historia demostraba que casi nunca se revolvían contra sus señores. Los Brutos y los Casios sólo eran de temer por los que destacaban sobre los que padecían sus mismos orígenes. El peligro, como buen rey católico bien que lo sabía, estaba en los Cromwells.

—Sigue, anda. ¿Qué pasó después?

—Wellington abandonó Madrid a primeros de septiembre, por el camino de Valladolid y cuidando de mantener despejada la ruta de regreso, por si algo iba mal. Conforme cerraba distancias sobre Burgos la resistencia francesa se hacía más encarnizada. El 25 de septiembre, cerca de Dueñas, tuvo lugar una escaramuza bastante fuerte, a resultas de la cual Álava se llevó un tiro donde dije antes a Su Majestad. Su recuperación fue muy lenta, lo natural cuando las heridas se sufren en zonas húmedas. Según mis informes, Wellington anduvo todo el tiempo muy pendiente de su persona. Llegó a escribirle nada menos que veintisiete cartas, de su puño y letra, en apenas dos meses.

Don Fernando compuso una sonrisa muy torcida. Pobre diablo, Álava. ¿Qué clase de apego a la vida podría sentir un capón? ¿Y

qué clase de servicio de información poseería Cevallos para conocer datos tan precisos, tan minuciosos y tan reservados?

—El 21 de junio del año siguiente, 1813, tuvo lugar la batalla decisiva contra el invasor, la de Vitoria. De nuevo la participación de Álava fue crucial. Suya fue la planificación del ataque, suyo el mostrar a Wellington el mejor camino para rodear las posiciones enemigas, y suya la determinación de tomar la ciudad con dos compañías de mercenarios alemanes, adelantándose al grueso del ejército, gracias a lo cual Vitoria se libró del saqueo que la esperaba. También es cierto que los potenciales saqueadores andaban muy entretenidos con el botín que Bonaparte transportaba en un convoy de mil quinientos carruajes. Solamente las unidades que llegaron tarde se quedaron sin saquear, y para entonces el propio Wellington se había reunido con Álava en el centro de la ciudad, de modo que hubieron de renunciar y conformarse con lo poco que despreciaron los demás.

El rey pensaba en el convoy. Sesenta y cinco cuadros valiosísimos, en su mayoría pertenecientes a la colección del Palacio Real, pues los de la Real Academia de San Fernando ya los había rapiñado Napoleón, más incontables piezas de vajilla y cubertería, tapices, alfombras, muebles... El ajuar del palacio, en suma, cargado de mala manera en cientos de carretas. Un expolio tan ruin como vergonzoso, y al final para nada, para caer en las sucias manos de treinta o cuarenta mil facinerosos ingleses, portugueses y alemanes. Salvo los cuadros. Esos, despreciados por la soldadesca, se los quedó el bandido mayor, el propio Wellington. Quince Teniers, cinco Murillos, tres Tizianos, dos Correggios y un Watteau, que recordara entonces. Cierto que cuando le visitó, seis meses hacía ya, el muy cabrito le propuso devolvérselos, obligándole a contestar «por Dios, cómo los va Your Grace a devolver, quédese los, no faltaría más», y a tragarse un irritado que «dónde van a estar mejor que colgados en las paredes de su puta casa». El rey, pese a su exquisita educación y quizá por causa de lo mucho que disfrutaba sus nocturnas expediciones al Madrid menos recomendable, costumbre iniciada meses después de casarse con su tempestuosa prima, se había hecho a la costumbre de hablar muy mal. Le divertían las pintorescas expresiones del populacho, en especial las de aquellas manolas y chulapas que, una vez aceptaban que primero su príncipe y después su rey era tan humano